

Las cosas que
comprendemos

Paco López



Las cosas que comprendemos

Las cosas que comprendemos

Paco López



Escribir un prólogo

Conocí a Paco López en 2012 o 2013, no estoy muy seguro. Fue durante el transcurso de un taller de escritura creativa que impartía el poeta y narrador —un poco más lo primero que lo segundo— Emilio Picón. Rápidamente congeniamos y nos hicimos amigos. En aquella época yo era un lector voraz, apenas había escrito un par de hojas disparatadas y estaba perdido. Creo que, de alguna manera, Paco también lo estaba. Las lecturas y la experiencia de compartir nuestros textos nos fueron uniendo en torno a un grupo de amigos que traspasábamos la experiencia literaria hacia la vida. Yo siempre he sido un lector de obras, de autores, y por aquel tiempo estaba obsesionado con algunos de los que luego han formado parte de mi manera de ver el mundo. Paco, por el contrario, leía aquí y allá, libros muy diferentes, cualquier cosa que caía en sus manos. Tenía la costumbre, que no

estoy seguro si mantiene aún, de leer en la bañera. Si el libro le desagradaba, algunas frases le chirriaban o consideraba todo aquello una soberana estupidez, sumergía con furia el libro en el agua, ahogando así metafóricamente al autor, a toda su obra y a aquel que osaba decir que aquello era buena literatura. Esa costumbre siempre me desagradó sobremanera, pero tengo que admitir que tiene cierta utilidad. Yo jamás le presté un libro a Paco, si acaso le he regalado algunos. Algunos, regalados con aprecio, muy buenos; otros, muy malos.

Tras aquel taller de escritura creativa, cuyas sesiones siempre terminaban en bares, alcohol y de vez en cuando en alguna desventura literaria, Emilio Picón coordinó un libro con varios de los textos que de allí surgieron y fue publicado en la ya desaparecida Lagartos Editores, de Santiago Girón. Fueron días muy felices.

Después siguieron la amistad, los bares, las desventuras... En general, como se diría en una mala película de sobremesa, siguió la vida en aquella vieja y añorada normalidad. Paco siguió escribiendo o, mejor dicho, prácticamente reescribiendo de forma voluntariosa y obsesiva aquellos relatos de los que yo he leído quizás decenas de versiones. Yo también seguí escribiendo: publiqué tres libros (2014, 2015 y 2017), mientras Paco retorció las frases, les daba la vuelta a las palabras, leía en voz alta una y otra vez los mismos fragmentos, cambiando palabras aquí y allá. Esto es lo que cualquier aspirante a escritor debería hacer, y muchos no hacen, y por eso en estos relatos no falta nada, ni sobra nada. Las palabras son las justas, la puntuación exacta, y cada punto final se lee con el preciso sonido que hace un corazón al romperse.

Aquel grupo de amigos que surgió del taller de escritura creativa nos vimos como detectives, indagando en la vida a través de palabras que quizás nunca podremos decir. Detectives enamorados de la literatura, que es un amor como todos los amores verdaderos, siempre al final desdichado, como sabe cualquier amante que haya amado de verdad, desde las entrañas. Como actuaron una vez aquellos detectives. Eran tres: Paco y dos más.

La multitud de normas genera la multitud de crímenes, dijo uno de los detectives, el más bajo de los dos, más perdido aún que el otro.

¿Qué crímenes?, preguntó Paco con sorna.

El detective más alto y más calvo comenzó un monólogo acerca de los crímenes por amor, por celos, por desesperación, por temor, por orgullo, por desamor también y contra las mujeres, contra los hijos o los padres, contra nosotros mismos, el crimen que acabas de cometer, dijo con su voz grave, acercando su cráneo rapado, casi amenazante, al rostro de él, mientras todo se llenó de policías. Y los tres entonces supieron que eran iguales. Y Paco vio cómo los otros dos detectives, uno más perdido que otro, uno más asustado que otro, se interpusieron entre él y los policías que irrumpieron de repente y las pistolas brillaron como las estrellas reflejadas en los ojos de una novia virgen en su luna de miel.

Y las palabras fueron balas que refulgían durante noches sin sueño formando un relato tras otro, donde se sucedían los crímenes por amor y por soledad, o por desamor, que es lo mismo que las dos primeras cosas. Los textos se fueron escribiendo durante varios años, 2010, 2011, 2013, 2015, no recuerdo bien, y fueron

reescritos decenas de veces, esculpidos como piezas de mármol hasta que ya no quedaba nada; destrozados y reescritos una y otra vez. Yo soy uno de aquellos detectives: el más bajo, el más perdido, el menos asustado, y Paco otro de nosotros, y este libro presenta parte de su vida y ha sido escrito y reescrito cien veces, y por eso debe ser leído y debe ser recordado.

Al ir leyendo cada uno de estos relatos que forman parte de la trayectoria íntima y vital de Paco López, al principio puede presentarse la lectura como la visión de un paisaje con cierta luz crepuscular, pero las sombras se hacen cada vez más alargadas, amenazantes quizás, y dan a lo que nos va rodeando una extraña belleza violenta, hipnótica. Las cosas interesantes a veces ocurren, como en este libro, en los rincones más oscuros, porque es en estos cuando nos mostramos verdaderamente como somos, prisioneros de nuestra transparencia.

CARLOS MALENO

Las cosas que comprendemos

Querido lector:

Este libro que tienes en tus manos es una reunión de cuentos —y otras cosas— dispuestos de forma intencionada. No sé si tengo derecho a pedirlo, pero te ruego que los leas en el orden en el que van apareciendo. Si te apetece, claro.

A Fina, que lo entiende todo.
A Francisco, la fuerza.

«Cuando somos lectores o escritores afortunados, terminamos la última frase de un cuento y nos quedamos sentados tranquilamente. Pensamos en lo que hemos escrito o leído y puede que nuestros corazones o nuestras mentes hayan dado un paso hacia delante. Puede que nuestra temperatura corporal haya subido o bajado un grado. Entonces, respirando hondamente, nos respondemos y nos levantamos, “criaturas de sangre caliente y nervios”, que dice un personaje de Chejov. Y pasamos a otra cosa. A la vida. Siempre a la vida».

RAYMOND CARVER

«Me volví loco, con grandes intervalos de horrible cordura».

EDGAR ALLAN POE

La sentina

La sentina de un barco es el espacio donde se acumulan los residuos, está ubicada —en qué otro lugar si no— en el fondo de la última bodega, sobre la quilla, y cuando el barco navega permanece de manera inapelable bajo la línea de flotación. A través de las maderas calafateadas que separan el mar del aire, tan a menudo hediondo, que la sentina atrapa en su interior para conseguir el delicado equilibrio que permite a los hombres vagar por territorios de peces, en ocasiones, se filtra el agua, y se mezcla con la acumulación de basura, grasa... y también desechos humanos, pues son los hombres quienes un día aprendieron a navegar, y habitan las naves para intentar gobernarlas por un espacio que no fue creado para ellos. Un territorio donde habitan seres de sangre fría, sin memoria, incapaces de comprender, seres que no pueden acceder a las sentinas por los estrechos resquicios del calafateo

deteriorado. El reino de los peces resulta, pues, con frecuencia hostil para los hombres, y la sentina es un elemento estructural ineludible en la construcción de un barco. Aunque no es esencial, como lo son las velas o los remos, que aportan el empuje, o como lo es el timón, que endereza las rutas. Al contrario que estos, cuyo mínimo defecto altera de manera decisiva el desempeño de la nave, la sentina acepta su papel y asume las inmundicias que recibe con la dignidad de los que conocen su condición. Sin embargo, llegado un punto en que el hedor resulta ponzoñoso, el capitán no puede hacer más que ajustar el timón para buscar la cercanía de la costa, plegar velas, echar el ancla, esperar con serenidad la llegada de un mar manso, abrir todas las escotillas y sumergirse en la negrura de la sentina para desalojar el agua filtrada, la basura, la grasa... y los desechos humanos. Es solo entonces, con el aire de la sentina purificado y los despojos transportados por las olas hasta una playa muerta, cuando el barco, aliviado del peso vano, eleva su línea de flotación y puede reemprender la lucha terrible que mantiene a los hombres a flote en territorios de peces.